

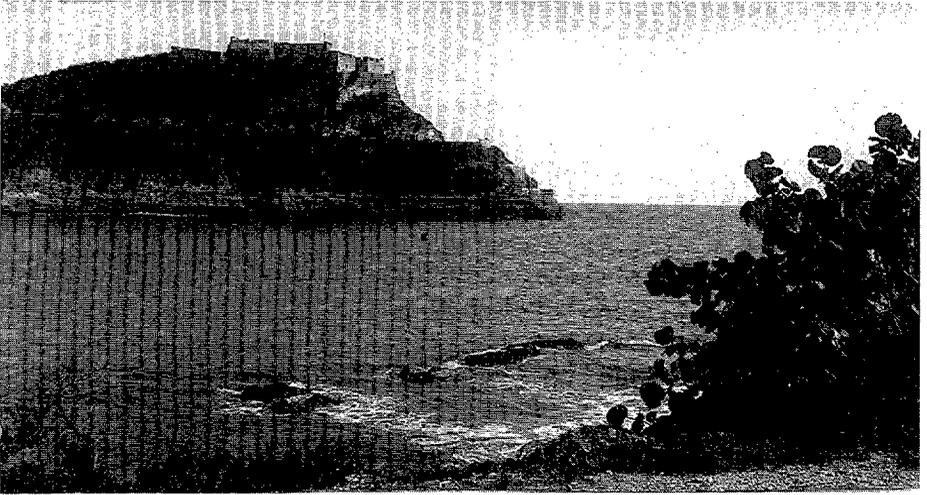
HISTORIAS DE LA MAR

DEL DIARIO DE UN GUARDIA MARINA DE 1930

Santiago de Cuba. Impresiones, recuerdos, costumbres... Evocaciones del 98



ESTE caballero guardia marina, en las silenciosas tardes de domingo de la vieja escuela de San Carlos, había leído mucho a Pierre Loti, relatando sus viajes y aventuras por el mundo; él, a su vez, ahora escribía sus memorias en el *Juan Sebastián de Elcano*, que realizaba, a la sazón, su segundo viaje alrededor de América del Sur y por las Antillas; un viaje, sin duda, lleno de evocaciones de la España de otros tiempos. Mandaba el buque el capitán de fragata don Claudio Lago de Lanzós, enamorado de la vela y de la disciplina, con retorcido bigote y gorra de plato pequeño. Eran frecuentes sus alocuciones, que empezaban siempre por «Tripulantes, todos, de este buque». En ellas nos recordaba la grandeza, antaño, de nuestra Patria. Dios le tendrá en su gloria; murió en Barcelona sufriendo prisión por la España en que se daba culto a la tradición y a sus cualidades ancestrales.



La bocana de Santiago de Cuba... camino del sacrificio.

Del diario

Día 19 de abril.—Se avista la isla de Cuba desde la tarde de ayer. Estamos frente a Santiago, la segunda capital de la actual república. Antes de entrar en el antiguo mar de batalla del 98, navegamos a diversos rumbos hallando los desvíos de las agujas magnéticas. A la caída de la tarde nos ponemos a ceñir, amurados por babor, para hacer tiempo y entrar en puerto en el momento anunciado. A cuatro horas viramos por avante y se carga el aparejo. Ya es de día y, en el antiguo mar de batalla, el comandante, con el barco parado, pronuncia una vibrante y sentida alocución que nos lleva a todos a evocar el desigual combate, la gloria ganada por los nuestros y el desgraciado final... Describe someramente cómo nuestros buques de la escuadra Cervera fueron saliendo uno tras otro por la bocana que nosotros vamos a cruzar. Allá, en lo alto, a la banda de estribor quedará el castillo del Morro. En él y en las laderas nuestros soldados aclamaron a los marinos que marchaban al sacrificio. Los vivas a España se repetían en este empezar ese luctuoso 3 de julio de 1898 (1).

(1) El entusiasmo era grande, sí, pero la efectividad del castillo del Morro no se había puesto, por desgracia, de manifiesto. Al estar artillado tan sólo con viejos cañones de poco alcance, no había podido mantener a los buques enemigos a suficiente distancia; éstos, de noche, mantenían iluminada la boca del puerto con sus proyectores. Por eso Cervera desechó la posibilidad de una salida nocturna.

A 0910 horas tomamos la entrada. Nos esperan varios barcos grandes y muchos pequeños, todos llenos de gente y con bandas de música en alguno. El recibimiento es grandioso. Están todos los españoles residentes en Santiago y en sus alrededores, pero también hay multitud de cubanos. ¡Madre Patria!

Recuerdo ahora

Recuerdo, en la lejanía del tiempo, la impresión que nos hizo la contemplación de Cuba, a lo lejos: allá estaba... allí la manigua, los manglares, los bohíos, los ingenios... Allí, ahí, estaban las ardorosas guajiras y los valientes guajiros. Unas y otros crearon un estilo en la canción: «la guajira». Allí o ahí los mambises que luchaban contra los nuestros. El que más o el que menos de nosotros había oído, de labios de entrañables allegados, relatos de aquellos combates, generalmente al arma blanca, con los afilados machetes. Se hizo frecuente el verbo «machetear» (2).

Nos venían a la mente canciones que aún oímos de nuestras madres: aquella habanera, «Tú», en que se personificaba a Cuba en una «adorable trigueña, reina de todas las flores...», «Cuba, la isla hermosa del ardiente Sol, bajo su cielo azul...». Sigue hablando de una adorable trigueña.

También para los hombres había canciones de estilo combativo. En una se desafiaba a un guajiro para verse con él en la playa; otras eran de amores: aquel que trabajaba cuando ya la luna se había puesto «debajo de los mameyes», para «comprar a su amor paños de color rosado...», y se hablaba de «fagina», palabra que conservamos en el mundo militar.

Todo se agolpa a la mente ya antes de cruzar las aguas del mar de batalla, a la vista de la silueta de esa isla que Colón consideró la más bella, a la que dio el nombre de Juana en honor de un príncipe.

Volvamos al diario del caballero guardia marina:

Día 20 de abril.—Por la mañana, después de una corta visita al Centro Español, en la que se desviven nuestros compatriotas, nos llevan éstos a recorrer los campos de combate. Nos acompaña también un coronel del Ejército cubano encargado de la reconstrucción del fuerte del Viso, en el Caney, donde resistiera heroicamente Vara del Rey.

Se le vino encima una de las columnas americanas que pretendía el envolvimiento por el norte de la plaza de Santiago, más de 9.000 hombres; Vara del

(2) Se hizo reglamentario el machete en nuestro Ejército. La Infantería lo llevaba además de su armamento normal de fusil con bayoneta. Era un machete de puño plateado, con una cabeza de león en el pomo de su empuñadura. Entonces eran aún muy frecuentes en las tiendas de antigüedades.

Rey tan sólo contaba con 400. Pensaban los enemigos tomar el Caney en media hora y les costó más de nueve de durísimo combate. Vara del Rey, ya gravemente herido, era retirado en camilla cuando recibió heridas que le causaron la muerte, ya en la plaza del pueblo, frente a la iglesia. Un español de los que nos acompaña, veterano de aquella guerra, nos señala un cercano manglar bajo el que le enterraron.

Nos extraña mucho ver en el fuerte del Viso, arruinado, cañones de avancarga, no podíamos pensar en armas tan antiguas.

Desde el Caney nos dirigimos a las Lomas de San Juan, al ESE de la capital y muy cercana a ella. En realidad hay una Loma de San Juan, pero ella da nombre a las que la flanquean. Hay un fortín, alto y de poca planta, que estuvo rodeado de trincheras. En ese lugar, con el general Linares, gobernador militar de la plaza, se batieron una treintena de marineros del *Reina Mercedes*, no perteneciente a la escuadra de Cervera. Se habla poco de este averiado buque de actuación benemérita.

Mandaba las fuerzas de desembarco de la escuadra el capitán de navío don Joaquín Bustamante, jefe de Estado Mayor de Cervera. El general Linares, atacado por fuerzas muy superiores, hubo de retirarse una vez herido gravemente. Bustamante quiso reconquistar esa loma principal y, a caballo como estaba, se lanzó al frente de sus hombres. Era un acto heroico dado lo numerosos y fuertes que eran los enemigos. Resultó a su vez muy gravemente herido, y su segundo, el teniente de navío de primera Capriles, se vio forzado a ordenar la retirada (3). Los enemigos habían sido muy reforzados.

Visitamos un pequeño museo que, allí, al aire libre, hay en la Loma, alrededor del fortín. En él hay un cañón del *Reina Mercedes* de los que estuvieron en tierra, en una batería situada junto a punta Socapa. Hay una estatua representativa del soldado americano y otra del «mambis victorioso». Se pensó que hubiese otra del soldado español —gesto caballeroso—, pero la idea no cuajó. Está el pedestal sin inscripción. Al viento ondean las banderas cubana y de los EE. UU. ¡Tampoco la de España!

Visitamos también el llamado «Árbol de la Paz» bajo el que se firmó la capitulación. Está rodeado de cañones de fusil con sus bayonetas, largas y triangulares (en su sección).

(3) Cayó primero herido el caballo; a pie, Bustamante siguió colina arriba. El fuego era muy denso... Bustamante quedó herido en el hospital cuando salió la escuadra; fueron los compañeros a despedirse de él. A los pocos días murió. Fue condecorado con la Laureada de San Fernando.

Hubo también marinería en el Cobre, en previsión de un ataque de los mambises por ese lado. Allí estaban, es esa costa, cuando vararon los barcos. No solamente saltaron a tierra, a combatir, los marineros de las columnas de desembarco, sino todos los que permitió el número de fusiles existentes.



El capitán de fragata don Claudio Lago de Lanzós con sus oficiales y guardias marinas en la Loma de San Juan.

Por la tarde volvimos Antonio González-Aller y yo, ávidos de «saborear» todo aquello a solas. Se nos acercaron dos labradores; el más viejo fue combatiente en contra de los nuestros. Nos respeta y nos admira y manifiesta esos sentimientos hacia sus antiguos enemigos. Lo que dice es hermoso y lo es el momento. Me regala un cartucho de Remington con su bala de plomo reglamentaria en el Ejército español y en la Armada (4). Es casi una reliquia (al menos la consideraré como tal). Pasado el tiempo se lo regalé al almirante don Jerónimo Bustamante, hijo del heroico capitán de navío: «Nuestra política colonial —dice el diario del guardia marina— pudo ser un fracaso, pero el final de aquellas campañas está lleno de hechos gloriosos, que si bien por sí solos no pudieron remediar lo irremediable, sirvieron para ser los nuestros admirados por sus vencedores, y muestra inmarcesible del honor de nuestras Armas». Así respira el joven guardia marina.

Día 21 de abril.—Por la mañana voy con algunos compañeros a realizar el Cumplimiento Pascual; los que no pudieron hacerlo en El Callao por estar de guardia, vamos a la iglesia de los padres Jesuitas. El capellán de a bordo, el padre Lamas ha concertado todo. Cantan la Misa las chicas más distinguidas de Santiago, que por cierto hacen honor a aquella protagonista de la habanera

(4) En Cuba hubo ya algunas fuerzas, pocas, armadas con «Mauser» modelo 1893.



Fuerte del Viso, en el Caney.

«Tú»... El padre superior de la comunidad pronuncia una sentida plática en la que nos pone como modelo para los cubanos del momento. Terminamos haciéndonos una foto con las bellas cantoras.

Por la tarde, Bacardí, el fabricante de ron desde 1865, nos da una fiesta, regalándonos unas cajas con dos botellas cada una; una de ron «blanco» y otra de «tinto»... Bebemos con deleite una cerveza, «Hatuey», que también allí se fabrica (5).

Día 22 de abril.—Por la mañana recibimos a bordo a la colonia española: los más bravos trabajadores haciendo «su América», para volver después a España convertidos en respetados «indianos». Algunos nos acompañan por la tarde a Palma Soriano, rico y típico pueblo situado al oeste de Santiago, cerca de El Cobre, famoso por la Virgen que allí se venera, que es la patrona de Cuba. La gente, por lo general, es devota.

No lejos está Bayamo. Los bayameses protagonizaron el pronunciamiento independentista conocido por «El Grito de Yará» (1868) (6). En el campo,

(5) Hatuey fue un cacique de Santo Domingo, La Española, contrario a los españoles... Se hablaba de él, entonces, en cierta canción de moda llamada «Siboney».

(6) Los de Bayamo aparecen en el himno cubano: «¡Al combate, corred bayameses!/que la Patria os contempla orgullosos.../Del clarín escuchad el sonido/y a las armas, valientes, corred!.

Conociendo la letra, tan belicosa, se hace algo raro oír el himno al alzar la Sagrada Forma en las misas, en Cuba.



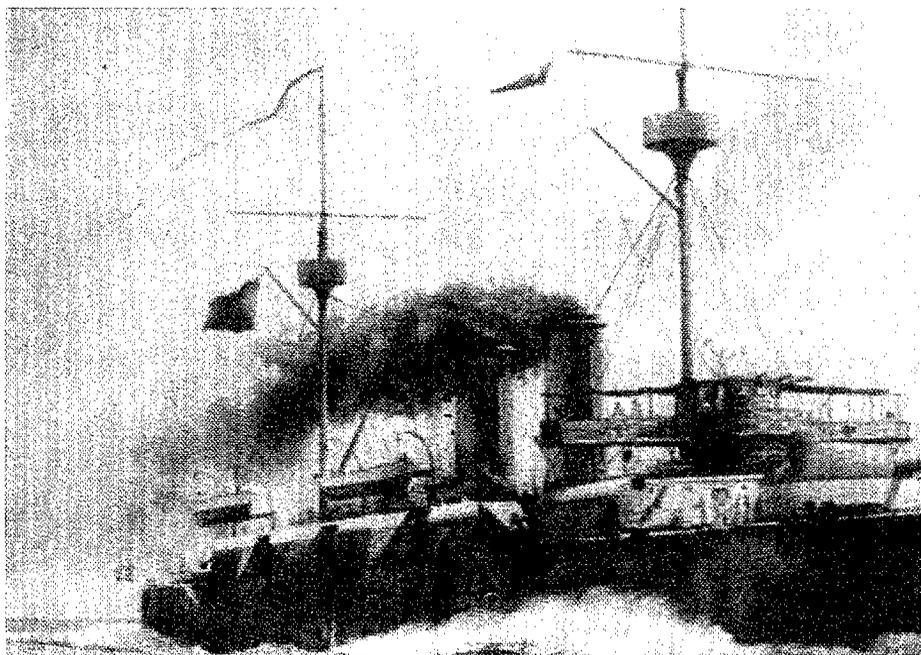
Hora de la siesta. Cuba, 1890.

cerca de Palma nos encontramos una pareja de guardias rurales, a caballo; además del mosquetón, cruzado a la espalda, llevan los clásicos afilados machetes atravesados bajo las monturas, a la americana.

El país es hermoso: palmeras, cañaverales, bohíos. Todo con negros que nos recuerdan a los descrito en «La Cabaña del Tío Tom», de allá lejos.

Entramos en Palma Soriano a pie, precedidos de una banda de música, escoltados por hombres y muchachos; las mujeres nos arrojan flores desde los balcones... Hay baile: son y danzón. Es curioso que en estos bailes se hacen unas cortas pausas de descanso y de conversación «para hacerse más amigos», es una defensa contra el agobio del calor. No sé quién rige el ritmo de los descansos; la música sigue, se reanuda el baile cadencioso y cubano: cosas de aquí, podemos decir. El tiempo de la habanera de nuestros mayores parece que está pasado. Mucho «son» y mucho «danzón»... y alguna «rumba cubiche».

Día 23 de abril.—He de insistir en la popularidad de que somos objeto en este oriente cubano. Uno de estos días cruzaba yo con Rafael Bravo la antigua plaza de Armas de Santiago; unos niños que jugaban se nos acercaron atraídos por nuestros uniformes; aunque no era el caso, una vieja negra que estaba



El *Vizcaya*. Su comandante, Eulate, reconocido su heroísmo por los enemigos, conservó su sable, «su espada».

cerca se creyó que podían importunarnos. Se dirigió a ellos y, manifestando gran respeto hacia nosotros, les dijo: «dejadles tranquilos, son caballeros»; lo dijo mirándonos con afecto, y ese respeto y cariño en una sencilla mujer que conoció el gobierno de España nos conmovió. Era el hablar del pueblo humilde sin regusto de política.

Hoy hemos tenido un banquete en el hotel Venus, el mismo en el que fueron agasajados antaño el almirante Cervera y sus comandantes. En el menú que nos dan están las fotos de él y del general Vara del Rey. Se manifiesta la hospitalidad de los habitantes de Santiago de más importancia social, españoles y cubanos, recordando a nuestros héroes del noventa y ocho... Es curioso, la comida es sólo para hombres, pero la presencian, desde una balconada interior que da al comedor, las mujeres, señoras y señoritas. Toman así parte en el homenaje a los marinos españoles. Después vamos con las chicas a un club muy elegante de Cuavitas, pueblo residencial. Se bebe mucho cóctel «daiquiri». No sé si ese nombre habrá tenido alguna vez relación con el desembarco americano del 98, pero si es así, nadie lo sabe, y está muy rico.

Otro de esos casinos elegantes es el que visitamos ayer a orillas del río Cauto, el más largo de la isla, que corre paralelo a sierra Maestra y a la del

Cobre. Y es que las chicas nos llevan a estos sitios después de los otros de más estirado protocolo.

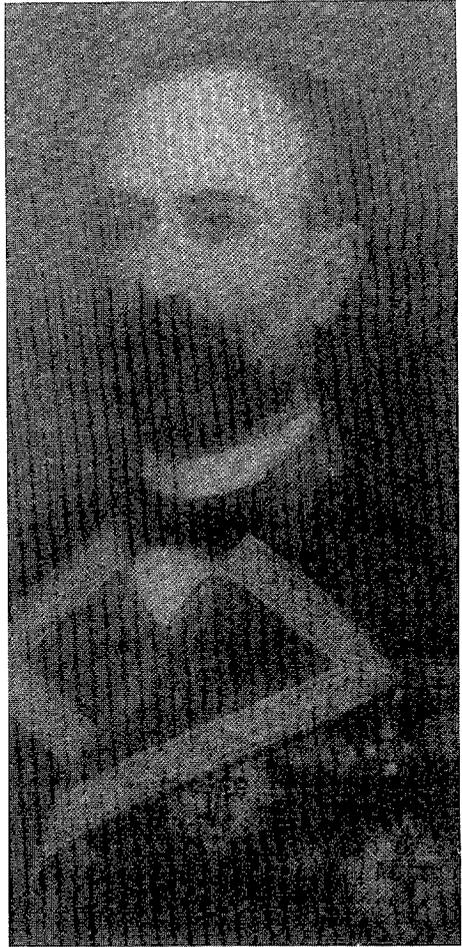
Al anochecer de este día 23 tenemos a bordo la fiesta de despedida, que se prolonga hasta media noche. En su principio estuvo el solemne acto de arriado de la Bandera, en el que se siente la Patria lejana, aunque bien mirado el barco forma también parte de ella. Es así, pero mucho más lo sienten los españoles alejados de aquella y, en este caso, también los cubanos.

Y después de las emociones, el baile y los discretos «apartes». Los guardias marinas somos los que engalanamos la toldilla y sabemos situar bien los «puffs» cubiertos de banderas de señales.

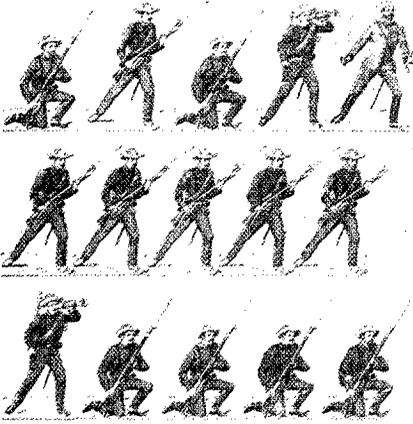
Siempre las despedidas tienen un regusto de tristeza; no cabe duda que «partir es morir un poco»; en este caso, de Santiago de Cuba tiene quizá un mayor acento, sobre todo para algunos que encontraron una «adorable trigüeña, reina de todas las flores» como la de la habanera «Tú».

Día 24 de abril.—A las 0900 horas de la mañana se tocó babor y estribor de guardia. No cabe duda que recuerda este mismo toque de cornetas y tambores de la escuadra de Cervera... Salimos. Recorremos el estrecho canal que los enemigos, entonces, con un acto de valor innegable, trataron de taponar días antes de la salida de la escuadra... Metemos a estribor casi en el sitio en que lo hicieran el *Infanta María Teresa*, *Vizcaya*, *Oquendo*, *Colón* y los destructores *Plutón* y *Furor* —merecen ser recordados esos gloriosos nombres—. El *Teresa* se alejó un poco más, tratando de abordar al *Brooklyn*... Navegamos al oeste. A las 10 horas avistamos los restos de nuestros buques. Son los más visibles los del *Oquendo*.

A las 1025 h, navegando a muy poca máquina, tan sólo la necesaria para mantener el rumbo, empieza el Santo Sacrificio de la Misa por los muertos de



El heroico capitán de navío don Joaquín Bustamante Quevedo. Sus restos descansan en el Panteón de Marineros Ilustres.



¡Nuestros soldados!

un buen alarde de fuerza. Nos viene a la mente la superioridad aplastante de aquel infausto 3 de julio del 98, y a la vista de todo aquello damos el aparejo. Dos hidros salen, volando bajo, a reconocer el bello velero blanco. Después, tres cruceros grises y rápidos erizados de cañones: otra clase de belleza. Pasan cerca del *Elcano*. Seguramente la vista de todos produce ya gran contraste. ¡Sigue el contraste!

Día 25 de abril.—A 1020 h estamos Este-Oeste con punta Maisí. Vamos metiendo a babor; hemos de contornear esa punta oriental de Cuba. Avistamos por estribor tierras de Haití, Santo Domingo: ¡La Española! Con sus degradaciones de piratas y bucaneros de la isla de Las Tortugas. También nos recuerda cierta intervención española en el pasado siglo.

Embocamos el canal viejo de Bahama, tan rico en bajos, pero ya muy bien balizado. Vamos en demanda de La Habana, aunque de distinto modo que Santiago, también plétórica de recuerdos de España.

Addenda-colofón

El caballero guardia marina, en sus diarios, tiene muy presente lo ocurrido en Santiago de Cuba en el 98. Evoca la gesta de los nuestros, que víctimas de circunstancias adversas han de combatir contra fuerzas muy superiores. Su conducta fue admirada por los enemigos (7).

(7) Decían antiguas ordenanzas (las que estudiábamos): Que el deber «en trance de guerra es el de combatir contra cualquier superioridad hasta donde quepa en las fuerzas con que se cuenta, de modo que aun rendido sea de honor su defensa entre los enemigos. (Ordenanzas Generales de la Armada de 1793; tratado 3.º, título I, art. 153).

No deja por ello de saborear las circunstancias de su momento, en esa isla que con razón fue conocida como «la perla de las Antillas».

Más adelante —me consta, le conozco bien—, estudió los hechos desde el punto de vista operativo naval: geopolítico, estratégico, táctico y logístico. Sacó enseñanzas, pero siguió admirando la conducta militar de los nuestros. Anotó que, fuese la que fuese la conducta de su gobierno, los marinos americanos fueron nobles y leales con los nuestros, como deben ser los caballeros en la guerra.

Carlos MARTÍNEZ-VALVERDE

